

Cuestionario

(para un trabajo personal o en grupo)

Pensemos y compartamos:

- ◆ ¿Qué nos sugieren los nombres o figuras que nos hablan del Espíritu: la paloma (en el bautismo de Jesús), el viento recio, el ruido del cielo, las lenguas como llamaradas, el don de lenguas (en Pentecostés)?
- ◆ ¿Qué dice hoy el Espíritu a nuestras comunidades parroquiales?

Leamos Hechos de los Apóstoles 20,28 y fijémonos cómo se implican e interrelacionan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en el cuidado de la comunidad.

- ◆ ¿Somos conscientes de que nuestras comunidades han de vivir inmersas en el amor del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?
- ◆ ¿Qué significa para nosotros que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica?
- ◆ ¿Qué significa y cómo conseguir que la Iglesia sea humilde, acogedora, servidora y pobre?

Credo nicenoconstantinopolitano

(Credo largo)

... Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.
Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.
Confieso que hay un solo Bautismo para el perdón de los pecados.
Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

Símbolo de los Apóstoles

(Credo breve)

... Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.



ANY DE LA FE 2012 2013

El Credo – 3

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO y en la Iglesia

El Espíritu Santo con su gracia es el “primero” que nos despierta en la fe y nos inicia en la vida nueva que es: “que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo” (Jn 17,3). No obstante, es el “último” en la revelación de las personas de la Santísima Trinidad (...). El Espíritu Santo coopera con el Padre y el Hijo desde el comienzo del Designio de nuestra salvación y hasta su consumación. Pero es en los “últimos tiempos”, inaugurados con la Encarnación redentora del Hijo, cuando el Espíritu se revela y nos es dado, cuando es reconocido y acogido como persona. Entonces, este Designio divino, que se consuma en Cristo, “primogénito” y Cabeza de la nueva creación, se realiza en la humanidad por el Espíritu que nos es dado: la Iglesia, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, la vida eterna (*Catecismo de la Iglesia Católica*, núms. 684.686).



Espíritu de Dios. El Espíritu Santo es el Espíritu de Dios que, al principio, “se cernía sobre la faz de las aguas” (Génesis 1,2).

Es el Espíritu quien “habló por los profetas”. Dice el profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido” (61,1). Jesús lo leerá, un sábado, en la sinagoga de Nazaret (cf. Lucas 4,18).

Es el Espíritu quien llena de vida el vientre virginal de María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios” (Lucas 1,35).

Es el Espíritu quien, en las aguas del Jordán, baja sobre Jesús en forma visible, como una paloma (cf. Lucas 3,22).

Es el Espíritu quien conduce a Jesús por el desierto y, lleno del poder del Espíritu, vuelve a Galilea y anuncia con autoridad la buena noticia del Reinado de Dios.

Dice el evangelista Juan cuando nos narra la muerte de Jesús: “E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu” (19,30); y más adelante dice: “uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua” (19,34).

El Espíritu que ha acompañado a Jesús a lo largo de su vida es entregado, al morir, a la humanidad. Y de su costado, dicen los padres de la Iglesia, nace la Iglesia, que desde sus inicios también estará llena del Espíritu.

Espíritu de Jesús Resucitado. A Dios le damos el nombre de Padre. De Jesús decimos que es hombre como nosotros, lleno del Espíritu de Dios. Jesús resucitado, abriendo el paso a una nueva creación (cf. Génesis 2,7), exhala su aliento sobre los discípulos y les dice: “Recibid el Espíritu Santo” (Juan 20,22). Y del Espíritu, en la fiesta de Pentecostés, se nos habla como de un viento recio, un ruido del cielo, unas lenguas como llamaradas: “Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras” (Hechos de los Apóstoles 2,4). Es el Espíritu de la unidad.

Debemos seguir la recomendación del Apocalipsis: “Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias” (3,22). Es el Espíritu quien nos ha impulsado en estos veinte siglos de travesía y seguirá estimulándonos hasta el pleno reencuentro con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

En el Año de la Fe recordamos que fue el Espíritu quien sugirió a Juan XXIII la celebración del Concilio, ahora hace cincuenta años. Por eso oramos con él: “Renueva en nuestro tiempo los prodigios de un nuevo Pentecostés y haz que la Iglesia santa, perseverando en oración unánime e incansable, con María la madre de Jesús, y guiada por Pedro, propague el Reino del Salvador divino, reino de verdad y de justicia, reino de amor y de Paz. Amén.

La Santa Madre Iglesia. La palabra “Iglesia” significa convocación o asamblea, congregación. Así pues, la Iglesia es la asamblea de los discípulos de Jesús, convocados y unidos por una misma fe en el Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Nuestra fe es en Dios. En la Iglesia hemos nacido a la fe en Dios, en nuestro bautismo, y en la Iglesia seremos despedidos cuando se cumpla plenamente nuestra esperanza.

En el lenguaje popular llamamos “iglesias” a nuestros “templos” (por eso hablamos también de la iglesia catedral) y hablamos también de la Iglesia universal y de las Iglesias diocesanas.

Sin embargo, nos ha dicho claramente el Concilio Vaticano II, la Iglesia es el “Pueblo de Dios”.

En los evangelios encontramos pocas veces la palabra “iglesia”. En el evangelio de Mateo encontramos el texto más conocido y de mayor fuerza, cuando Jesús responde a Pedro: “... Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...” (16,18).

Y en los Hechos de los Apóstoles encontramos este hermoso texto, en el que Pablo expresa que el misterio de la Iglesia está envuelto en el misterio de Dios; dice a los presbíteros de Éfeso, en su despedida: “Tened cuidado de vosotros y del rebaño que el Espíritu Santo os ha encargado guardar, como pastores de la Iglesia de Dios, que él adquirió con la sangre de su Hijo” (20,28). Pablo, el apóstol, con los presbíteros de la comunidad, en comunión con el ministerio de Pedro.

En los escritos de Pablo, la palabra “Iglesia” sale muchas veces.

Una, Santa, Católica y Apostólica. A esta Iglesia la llamamos “una” (porque es la asamblea que confiesa a Dios Uno), “santa” (porque nos conduce al Dios tres veces Santo), “católica”, es decir, “universal” (porque se extiende de Oriente a Occidente) y “apostólica” (porque se fundamenta en la roca sólida de los apóstoles).

Pero hoy también nos gusta decir que esta Iglesia tiene que ser humilde (no asociada a los poderes de este mundo), acogedora (de todos los hombres y mujeres de buena voluntad), servidora (de todos y, especialmente, de los que sufren) y pobre (es decir, testigo de la riqueza de la fe, vivida en comunión con los más pobres, los sin voz, los marginados).

Las promesas bautismales se concluyen diciendo: “Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia, que nos gloriamos de profesar en Cristo Jesús, Señor nuestro”. La madre Iglesia evoca nuestro hogar, nuestra casa, hasta que lleguemos a la “vida perdurable”.

